

# BANDERA DE BATALLA

BERNARD CORNWELL

# BANDERA DE BATALLA

LAS CRÓNICAS DE STARBUCK III

Traducción de Gregorio Cantera



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Battle Flas. The Starbuck Chronicles (volume III)*

Diseño de la cubierta: Salva Ardid Asociados

© Ilustración de la cubierta: From the original painting by Mort Künstler,  
*The Angle* ©1988 Mort Künstler, Inc.  
[www.mkunstler.com](http://www.mkunstler.com)

Primera edición: septiembre de 2020

© Bernard Cornwell, 1995  
© de la traducción: Gregorio Cantera, 2020  
© Edhasa, 2020  
Diputación 262, 2º1ª  
08007 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

ISBN: 978-84-350-6301-2

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B. 13240-2020

Impreso en España

*Bandera de batalla* está dedicada a mi padre  
con todo el cariño.



*Montañas Blue Ridge*

**Segundo de Manassas**  
Centreville  
Estación de Bristoe  
Warrenton  
Warrenton Junction  
F.c. de Orange & Alexandria

**Brecha de Thoroughfare**

**Marcha por el flanco de las tropas de Jackson**

Culpeper Court House

**Cedar Mountain**

*Río Rapidan*

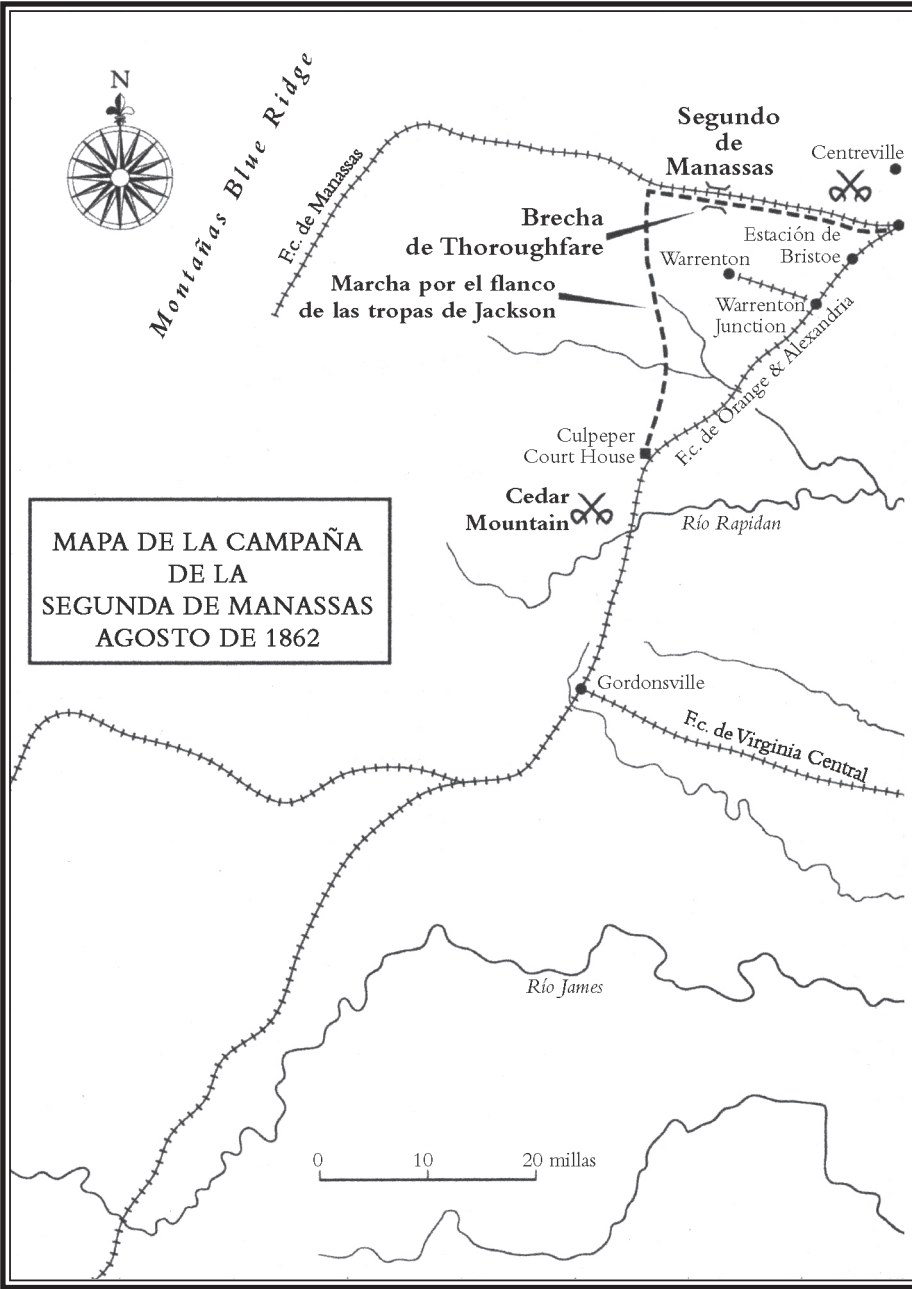
Gordonsville

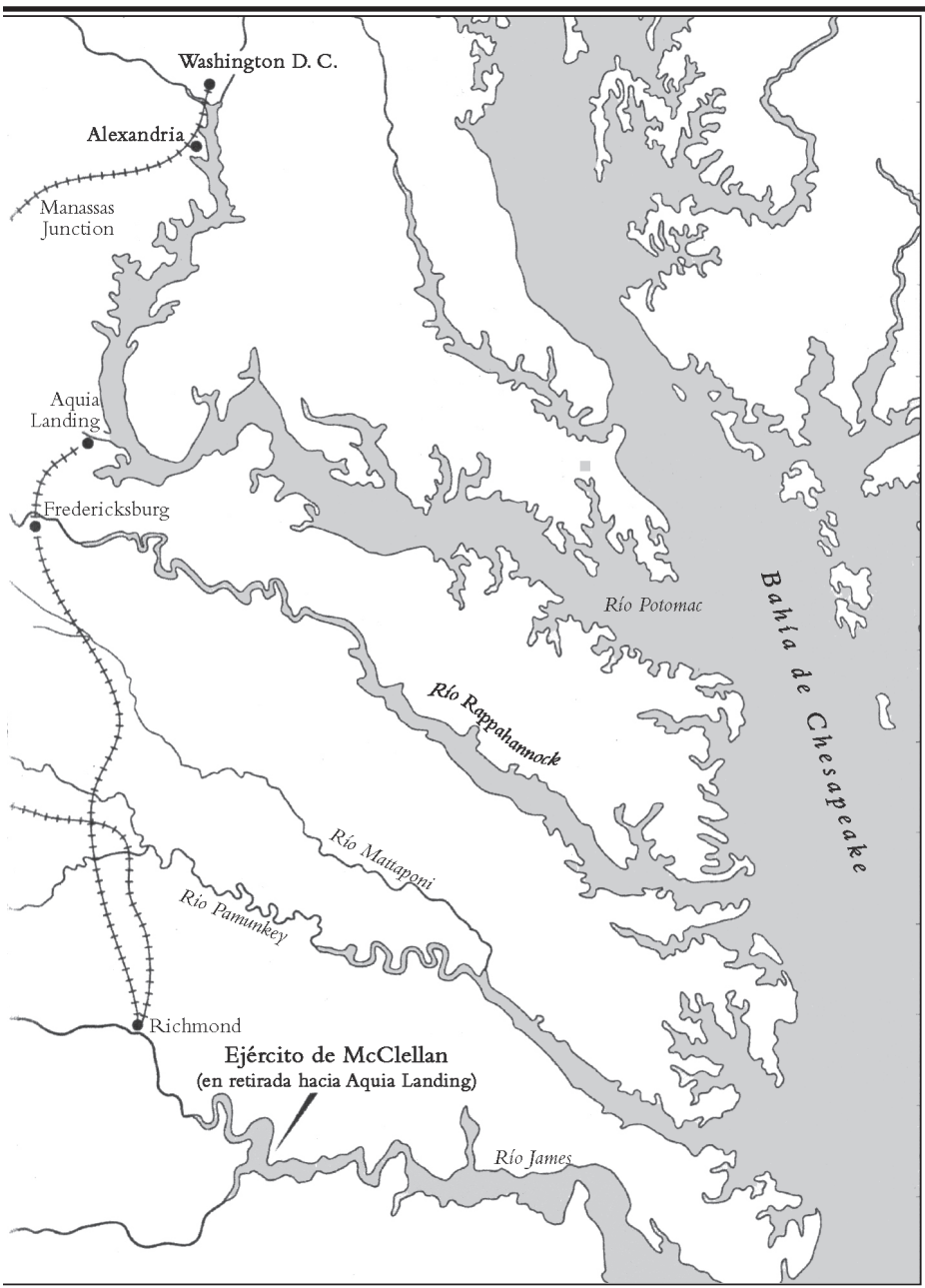
*F.c. de Virginia Central*

*Río James*

MAPA DE LA CAMPAÑA DE LA SEGUNDA DE MANASSAS AGOSTO DE 1862

0 10 20 millas





# PRIMERA PARTE

La primera vez que el capitán Nathaniel Starbuck vio a su nuevo comandante en jefe fue cuando la Legión Faulconer se disponía a vadear el río Rapidan. Thomas Jackson se encontraba en la orilla norte del río, donde, encaramado en su silla de montar, con la mano izquierda alzada y como sumido en trance, con disgusto clavaba sus ojos azules en aquellas turbias aguas donde no se veía un alma. Tan desconcertante resultaba la mohína indiferencia que mostraba que, con tal de no pasar cerca de aquel hombre cuyo talante parecía presagiar la muerte, la columna se desplazaba hacia la margen más alejada del vado. Barba descuidada, gabán sin distintivos, tocado con un gorro astroso y a lomos de un caballo que parecía llevar mucho tiempo reclamando que lo condujeran al matadero, no menos perturbadora era la imagen que ofrecía el general. No era fácil admitir que semejante sujeto fuera el más polémico de los generales del sur, el mismo que no escatimaba noches sin descanso ni días sin tregua a las tropas del norte, pero eso era, ni más ni menos, lo que afirmaba el teniente Franklin Coffman, un muchacho de dieciséis años que acababa de incorporarse a la Legión Faulconer: aquel estrafalario personaje no era otro que el famoso Stonewall Jackson. Y es que, tiempo atrás, Coffman había sido alumno del profesor Thomas Jackson.

—No me malinterprete —le comentaba en confianza a Starbuck—, pero no soy uno de esos que piensan que los generales tienen tanto peso a la hora de decidir el desenlace de una batalla.



–Sabías reflexiones en boca de alguien tan joven –replicó Starbuck, que tenía veintidós años.

–Son los soldados, y no los generales, quienes ganan batallas –añadió Coffman, haciendo caso omiso del sarcástico comentario del capitán. Había cursado un año en la Academia Militar de Virginia, donde, por más que lo intentara, Thomas Jackson había tratado de meterle en la cabeza los rudimentos del arte de la artillería y la filosofía natural. En aquel momento, Coffman no apartaba los ojos de la envarada figura que, inmóvil, se mantenía erguida en aquella inmundada silla–. No acabo de hacerme a la idea de que «Zapatones» haya llegado a general –añadió con desdén–. Pero, si no era capaz ni de mantener el orden en clase..., imagínese lo al frente de un ejército.

–¿«Zapatones», dice? –se sorprendió Starbuck. Muchos eran los apodosos por los que se conocía al general. En los periódicos, se referían a él como «Stonewall» («muro de piedra»); entre sus soldados era más conocido como el «Old Jack» («viejo Jack») o incluso «ese viejo chiflado de Jack» («Old Mad Jack»), en tanto que muchos de sus alumnos se referían a él como «Tom, el loco de Jack» («Tom Fool Jack»). Lo de Zapatones era nuevo para él.

–Tiene los pies más grandes que nadie sea capaz de imaginar –le aclaró Coffman–. ¡Realmente descomunales! Como artesas tendrían que ser los únicos zapatos que le podrían venir bien.

–Quién lo diría, teniente: es usted un pozo sin fondo de informaciones de lo más pertinentes –dejó caer Starbuck. La Legión estaba lo bastante lejos del río como para hacerse una idea del tamaño de los pies del general, pero se hizo el propósito de no dejar de echar un vistazo a semejante prodigio cuando, por fin, llegara al río Rapidan. Si la Legión no se movía de donde estaba, era por la renuencia que mostraban los hombres que iban en cabeza de cruzar el vado si antes no se despojaban de las andrajosas botas. A pesar de que aquel loco de Jack, Muro de piedra o Zapatones de Jackson tenía fama de perder

los estribos, parecía no darse por enterado del retraso y, con la mano en alto, sin apartar los ojos del río, se limitaba a observar, a lomos de su montura, cómo la columna se apelonaba y se detenía ante sus propias narices. Los hombres que iban llegando agradecían aquel alto inesperado porque hacía un día abrasador, apenas corría un soplo de aire y el calor era tan pegajoso que casi se podía mascar—. ¿Decía algo a propósito de la inoperancia de los generales, Coffman? —espetó Starbuck a bocajarro a su nuevo y bisoño oficial.

—Si se para a pensarlo —repuso el teniente con juvenil vehemencia—, no puede decirse que dispongamos de generales de verdad, señor, no como los yanquis; aun así, ganamos batallas, algo que, en mi modesta opinión, se debe a que los sureños somos invencibles.

—¿Y qué me dice de Robert Lee? —insistió Starbuck—. ¿Acaso no lo considera un general de los pies a la cabeza?

—¡Lee es un viejo! ¡Antediluviano! —respondió Coffman, sorprendido incluso de que el capitán hubiera sacado a colación el nombre del nuevo general en jefe del ejército del norte de Virginia—. ¡Pero si debe de tener cincuenta y cinco años por lo menos!

—Pues Jackson no es tan mayor —apuntó Starbuck—. Ni siquiera tiene cuarenta.

—Pero está como una cabra, señor. ¡Lo digo en serio! Si hasta lo llamábamos «Tom el loco».

—Sea. Pongamos que esté loco —añadió Starbuck para tirarle de la lengua—. Entonces, explíqueme cómo es que, a pesar de contar con generales pasados de rosca o decrepitos, como usted dice, o incluso sin generales, ganamos batallas.

—Porque nosotros los sureños lo llevamos en la sangre, señor. Como lo oye. —Coffman era un joven arrojado que ardía en deseos de convertirse en un héroe. La tisis se había llevado a su padre, dejando a su madre sola con cuatro hijos de corta edad y dos niñas pequeñas a su cargo. El fallecimiento de su padre lo había obligado a abandonar la Academia Militar de

Virginia tras el primer año, pero aquel tiempo de formación militar le había bastado para adquirir un amplio bagaje de conceptos marciales—. Cualquiera diría que los del norte no tienen sangre en las venas —abundó de cara a Starbuck—. Demasiados inmigrantes, señor. El sur ha sabido mantener la pureza de la raza, la auténtica sangre americana.

—¿Me está diciendo que los yanquis pertenecen a una raza inferior?

—Es un hecho incuestionable, señor. Han perdido la casta.

—¿Se da cuenta, teniente, de que está hablando con uno de esos yanquis? —se interesó Starbuck.

Coffman no supo qué decir, pero, antes de que pudiese abrir la boca, lo interrumpió el coronel Thaddeus Bird, comandante en jefe de la Legión Faulconer, quien, a grandes zancadas, se había acercado desde la retaguardia de la columna detenida.

—¿De verdad es ése Jackson? —preguntó, sin apartar los ojos de la otra orilla del río.

—El teniente Coffman acaba de ponerme al día de que el verdadero nombre del general es el de «Viejo chiflado de Tom el Loco Zapatones Jackson», y sí, en efecto, es él.

—¡Hombre, Coffman, usted por aquí! —repuso Bird, echando un vistazo de pasada al joven Coffman, como si se tratara de un raro ejemplar cargado de interés científico—. No sabe cuánto me acuerdo de cuando usted no era más que un pequeño diablillo que se quedaba sólo con las migajas de mi deslumbrante sabiduría. —Y sonrió. Antes que soldado, Bird había sido maestro en Faulconer Court House, donde residía la familia Coffman.

—Costumbre que, por lo visto, el teniente no ha echado en saco roto —aclaró Starbuck al coronel Bird, con gesto grave— y que no duda en poner en práctica. Ahora mismo me estaba explicando cómo nosotros, los yanquis, a fuerza de mezclarnos con inmigrantes, nos hemos convertido en una raza inferior, que nuestra sangre se ha echado a perder, que está enlodada y mancillada.

–¡Y no le falta razón! –replicó el coronel Bird con vehemencia, antes de pasar un escuálido brazo por encima de los hombros entecos de Coffman–. Podría desvelarle algo de lo que no suele hablarse, joven Coffman; algo cuyos detalles, aun en su nimiedad, bastarían para atormentar su alma, helar su ardor juvenil y hacer que, tal que estrellas, los ojos se le salieran de las órbitas –hablaba casi al oído al extrañado teniente–. ¿Sabía usted, Coffman, que en cuanto arriba un barco cargado de inmigrantes a los muelles de Boston todas las familias de Beacon Hill obligan a sus mujeres a bajar al puerto para que las dejen preñadas? ¿Acaso no estoy diciendo sino la pura verdad, Starbuck?

–Tan cierto como que es de día, señor. Y, si festivo es el día en que atraca la nave en cuestión, envían también a sus hijas.

–Boston es una ciudad dominada por la lascivia, Coffman –añadió Bird con gesto adusto, apartándose del teniente, incapaz de salir de su asombro– y, si me permite que le dé un consejo, procure no pisar ese sitio en su perra vida. ¡Huya de ese lugar como de la peste, Coffman! Piense que Boston es como Sodoma y Gomorra juntas. Táchelo de su posible lista de destinos. ¿Escucha lo que le digo, Coffman?

–Con toda claridad, señor –afirmó el teniente, muy serio.

Starbuck se echó a reír al ver la cara que se le había quedado al muchacho. Coffman había llegado tan sólo un día antes, junto con un destacamento de reclutas que venía a cubrir las bajas sufridas en Gaines' Mill y Malvern Hill. Procedentes casi todos de las callejas de Richmond, a ojos de Starbuck no eran sino un montón de individuos escuálidos y de aspecto enfermizo, gente no de fiar, en definitiva; pero, al igual que los primeros integrantes de la Legión, Franklin Coffman era uno de los voluntarios del condado de Faulconer y, cómo no, un acérrimo entusiasta de la causa sureña.

El coronel Bird dejó de tomar el pelo al teniente y, a modo de seña, tironeó a Starbuck de la manga.

–Venga un momento, Nate –le dijo. Los dos se alejaron del camino hasta cruzar una acequia poco profunda por la que discurría un arroyuelo canijo y casi almagre debido al calor de aquel verano. Starbuck cojeaba, no porque estuviera herido, sino porque se le estaba despegando la suela de la bota derecha–. ¿Será cosa mía? –se preguntó Bird, una vez que ambos volvieron a hollar terreno seco–. ¿Me estaré volviendo más sabio o será que los jóvenes se están volviendo cada vez más necios? Porque, créalo o no, el joven Coffman se contaba entre los más espabilados de aquellos a los que me tocó desasnar. ¡Todavía me acuerdo de cómo llegó a dominar el empleo del gerundio en una mañana!

–Algo que no creo haber sido capaz de entender en mi vida –contestó Starbuck.

–Pues no encierra ningún misterio –repuso Bird–; basta con que recuerde que se comportan como sustantivos, siempre y cuando...

–Y tampoco creo que tales sean mis miras –lo interrumpió Starbuck.

–Siga, pues, retozando en la ignorancia –concluyó Bird, muy digno–. Pero no deje de mirar por el joven Coffman. No podría soportar tener que verme en la obligación de escribir a su madre para comunicarle que ha caído, y tengo el ingrato presentimiento de que es de los empeñados en hacerse el valiente a lo tonto. Es como un cachorro: hocico húmedo, colita enhiesta, incapaz de quedarse en su sitio con tal de jugar a la guerra con los yanquis.

–Descuide, Pecker. Estaré al tanto del chico.

–Y no olvide mirar por usted, de paso –añadió el coronel, con un tono cargado de intención. Se detuvo y se quedó mirando a Starbuck a los ojos–. Corre el rumor, sólo eso, ya le digo, un rumor, y bien sabe Dios lo poco que me gusta hacerme eco de semejantes habladurías..., corre el inquietante rumor de que Swynyard anda diciendo por ahí que no saldrá usted con vida de la próxima refriega. –El capitán despachó la predicción con una sonrisa desmayada.

–Swynyard es un borracho, no un profeta –replicó Starbuck, lo que no le impidió sentir un escalofrío por todo el cuerpo. Bastante llevaba ya sirviendo como soldado como para no haberse vuelto más que supersticioso; por otra parte, a nadie le gusta oír el anuncio de su propia muerte.

–Supongamos por un momento –continuó Bird, al tiempo que sacaba dos cigarros del cintillo de su sombrero– que Swynyard ya lo haya dispuesto todo.

Starbuck se lo quedó mirando sin acabar de creerse lo que acababa de oír.

–¿Qué?, ¿que haya dispuesto todo lo necesario para llevarlo a cabo? –acabó por preguntar.

Bird prendió una cerilla y se inclinó sobre la llama.

–Todo el mundo sabe que el coronel Swynyard –añadió no sin aspavientos, tras comprobar que el cigarro tiraba bien– es un cerdo borrachuzo, un animal, un cobardón carente de redaños, un esclavo de sus propios instintos y un hijo de Satanás, pero no hay que olvidar, Nate, que no menos es un canalla de lo más astuto y que, cuando no está curda, por fuerza tiene que darse cuenta de que está perdiendo la confianza de nuestro reverenciado y venerado comandante. No otra es la razón de que trate de hacer lo que sea con tal de complacer a nuestro estimado amo y señor. Algo como librarlo de usted, por ejemplo –dejó caer sin miramientos.

Starbuck rompió a reír de buena gana.

–¿De verdad cree que Swynyard sería capaz de pegarme un tiro por la espalda?

Bird le pasó el cigarro que acababa de encender.

–No sé cómo tendrá pensado hacerlo. Lo único que sé es que le gustaría acabar con usted, que Faulconer no vería con malos ojos que así fuera y que, por lo que he oído, nuestro estimado general está dispuesto a entregarle una cuantiosa gratificación si lo consigue. Así que mire por usted, Nate, o únase a otro regimiento.

–Por supuesto que no –se revolvió Nate. La Legión Faulconer era su hogar. Natural de Boston, hombre del norte, pues,

era un forastero en tierra extraña que, en su exilio, había encontrado cobijo. En la Legión lo habían tratado bien y había hecho un montón de amigos; para él, tales vínculos afectivos eran mucho más fuertes que la distante hostilidad con que tuviera a bien distinguirlo Washington Faulconer. Animosidad que había ido a más cuando Adam, el hijo de Faulconer, desertó de las filas del ejército del sur para sumarse a las tropas del norte, defección de la que el brigadier general Faulconer culpaba al capitán Starbuck; pero ni siquiera la disparidad en cuanto al rango bastaba para que Starbuck renunciase a vérselas con el hombre que había fundado la Legión y que, en aquel momento, estaba al mando de los cinco regimientos que, junto con la propia Legión, componían la Brigada Faulconer—. No voy a salir por piernas —siguió diciendo—. Faulconer no aguantará mucho más que Swynyard. Faulconer es un cobarde; Swynyard, un borracho, y, hágame caso, Pecker, antes de que acabe este verano, usted será el comandante de la Brigada y yo estaré al frente de la Legión.

Bird se regodeó abiertamente.

—Siempre tan arrogante, Nate. ¿Usted al frente de la Legión? Imagino que muy otra será la opinión del mayor Hinton y de, pongamos, una docena más o menos de oficiales de mayor rango que usted.

—De mayor rango, quizá; mejores que yo, imposible.

—Observo que todavía es de los que dan por buena esa marrullería de que todo mérito tiene su recompensa en este mundo. Una más de las muchas necedades con las que, imagino, le embutieron la cabeza durante el tiempo que pasó en Yale; eso sí, sin conseguir que llegase a dominar el empleo del gerundio —comentó Bird, echándose a reír de buena gana por el repaso que acababa de dar al *alma mater* del capitán. Movía la cabeza hacia delante y hacia atrás, lo que explicaba el apodo que le habían puesto: Pecker («picaflor»). Starbuck se unió de buena gana a sus risotadas por el enorme aprecio en que tanto él como el resto de los efectivos de la Legión tenían al coronel. Y es que se

daba la circunstancia de que el bueno del maestro de escuela no era sólo un personaje excéntrico, obstinado y terco como una mula, sino una de las mejores personas con las que uno podía tener la suerte de toparse sobre la faz de la tierra. Por no hablar de su insospechado talento a la hora de dirigir a quien tenía bajo su mando—. Hombre, por fin nos ponemos en marcha —exclamó Bird, al tiempo que dirigía la mirada a la cabecera de la columna que, tras hacer aquel alto, se dirigía al vado donde, inmóvil, aguardaba la insólita y solitaria silueta de Jackson a lomos de su famélico rocín—. Me debe usted dos dólares —le espetó a Starbuck, en tanto lo acompañaba de vuelta al sendero.

—¡Dos dólares!

—Se acerca la fecha del quincuagésimo cumpleaños del mayor Hinton. El teniente Pine me ha dado su palabra de que puede hacerse con un jamón y, para no ser menos, he asegurado que yo correría con el vino. Vamos a costear entre todos un festejo por todo lo alto para nuestro dilecto jefe.

—¿Tan mayor es? —se sorprendió Starbuck.

—Pues sí y, si llega usted a esos años, le prometo que lo celebraremos con una cena en la que corra el alcohol en abundancia. ¡Afloje dos dólares!

—Pero si no llevo ni dos centavos encima —repuso Starbuck. Algo tenía guardado a buen recaudo en Richmond, pero aquel dinero era un colchón del que echar mano en caso de que vinieran mal dadas, no para malgastarlo en jamón y vino para otros.

—No se preocupe, ya pondré yo su parte —concluyó Bird, dejando escapar un suspiro de desaliento. La mayoría de los oficiales de la Legión disponían de sus propias rentas, pero el coronel, como Starbuck, por otra parte, sólo contaba con su exigua soldada de oficial del ejército confederado.

Los hombres de la Compañía H aguardaban a pie firme la llegada de Starbuck y del coronel Bird; todos menos uno de los reclutas recién llegados, que, tumbado boca abajo junto a la hierba, se lamentaba de que no podía dar un paso más, lo



que le valió que el sargento Truslow le propinase una patada en las costillas.

–¡Pero cómo se le ocurre tratarme así! –se quejó el soldado, echándose a rodar de lado para alejarse del sargento.

Truslow agarró al hombre por la guerrera y lo atrajo hacia sí.

–Escúcheme bien, hijo de una puta sifilítica: si me viniera en gana, podría sacarle sus asquerosas tripas y vendérselas a los yanquis para que hicieran salchichas con ellas, y no porque yo sea sargento y usted un soldado raso, sino porque soy un miserable hijo de puta y usted no es más que un piojo cagado de miedo. Póngase en pie de una puta vez y muévase.

–Qué palabras tan reconfortantes en boca de nuestro buen sargento –comentó Bird, al tiempo que volvía a cruzar la acequia casi seca. Dio una calada al cigarro–. ¿O sea, que no voy a ser capaz de hacerle entrar en razón y que se una a otro regimiento, Nate?

–No, señor.

Con gesto abatido, Pecker Bird meneó la cabeza.

–Creo que es usted un inconsciente, Nate. Por el amor de Dios, abra bien los ojos. No sé por qué extraña razón, pero no me gustaría perderlo.

–¡A formar! –ordenó de repente Truslow alzando la voz.

–Descuide –le prometió Starbuck antes de unirse a su compañía, formada por treinta y seis veteranos enjutos, andrajosos y atezados, botas astrosas, guerreras grises con toscos remendones. Hombres cuyas pertenencias no iban más allá de nada que no pudieran llevar colgado del cordel con que se ceñían los pantalones o enrollado en la frazada con que cargaban a la espalda, en claro contraste con las relucientes botas Brogan y las acartonadas mochilas de los veinte reclutas de piel blanquecina que, provistos de fusiles de boca impoluta, acababan de incorporarse. Si bien estaban al corriente de que lo más probable era que la marcha hacia el norte que habían emprendido por los condados del corazón del Estado de Virginia habría de

desembocar en una pronta batalla, no tenían ni idea de cómo se desarrollaría la contienda, en tanto que los veteranos conocían bien los gritos, la sangre, las lesiones, el dolor y la sed que los aguardaban, aunque también, cómo no, la posibilidad de arramplar con unos cuantos dólares yanquis o de hacerse con un saquete de café de verdad que encontrasen en el cadáver abandonado para festín de los gusanos de algún soldado del norte.

—¡Adelante! —gritó Starbuck, tras ponerse a la altura del teniente Franklin Coffman, ambos al frente de la Compañía.

—Ahora verá cómo no exageraba, señor —le dijo Coffman—; los pies de ese viejo loco de Jackson son más grandes que las pezuñas de un caballo percherón.

Mientras se acercaban al vado, Starbuck procuró fijarse en los pies del general. En efecto, eran de un tamaño que llamaba la atención. Al igual que sus manos. Lo que no acertaba a comprender era por qué el general, como un niño que solicita permiso para salir de clase, seguía manteniendo la mano izquierda en alto. A punto estaba de preguntárselo a Coffman cuando, para su sorpresa, el general pareció salir del trance en que estaba sumido, apartó la vista del agua y reparó en la compañía de Coffman.

—¡Coffman! —llamó con voz chillona—. Acérquese, muchacho.

A duras penas, el teniente salió del vado a toda prisa y, a medio correr, se llegó al lado del general.

—¿Señor?

Con cara de pocos amigos, el Jackson de barba desarreglada se lo quedó mirando desde lo alto de la silla de montar.

—¿Se acuerda de mí, Coffman?

—Claro que sí, señor; por supuesto, señor.

Muy lentamente, como si temiera lastimarse el brazo si lo hacía más deprisa, Jackson bajó la mano izquierda.

—Créame que sentí que se viera obligado a dejar la Academia tan pronto, Coffman. Porque lo hizo nada más finalizar el primer año, si no me equivoco.

–Así fue, señor, en efecto.

–Debido al fallecimiento de su padre, según tengo entendido.

–Sí, señor.

–Y dígame, ¿cómo está su madre? ¿Se encuentra bien?

–Muy bien, señor. Gracias, señor.

–Una pérdida así supone una pena difícil de soportar, Coffman –añadió el general, abandonando poco a poco la rígida postura que había mantenido para inclinarse hacia el escuchimizado teniente de pelambreira rubia–, sobre todo para quienes no están en gracia con Dios. ¿Está usted en gracia con Dios, Coffman?

El teniente se ruborizó; luego frunció el ceño y asintió.

–Sí, señor. Al menos eso creo, señor.

Jackson se irguió de nuevo y, tan lentamente como había dejado caer la mano izquierda, volvió a ponerla en alto. Apartó los ojos de Coffman y contempló el sofocante panorama que se abría a lo lejos.

–Si no permanece en su gracia, mucho habrá de costarle verse cara a cara con su Hacedor –continuó el general con voz benévola–, así que no deje de consultar las Escrituras y no olvide rezar sus oraciones, muchacho.

–Así lo haré, señor; no le quepa duda, señor –contestó Coffman, que se revolvía incómodo, sin saber qué hacer, a la espera de que el general le dijera algo más, pero Jackson parecía haber entrado en trance de nuevo, de modo que el teniente se dio media vuelta y regresó a su sitio, al lado de Starbuck.

La Legión se puso en marcha. El teniente permaneció en silencio mientras seguían un camino que, cuesta arriba y a un paso de modestas haciendas, discurría entre minúsculos pastos salpicados de bosques aquí y allá. Más de dos millas hubieron de pasar antes de que Coffman se decidiera a romper su silencio:

–Es un gran hombre, ¿no cree, señor? ¿Acaso no le parece un gran hombre?

—¿Quién, Tom, el Loco? —repuso Starbuck, tomándole el pelo.

—Un gran hombre, señor —lo recriminó Coffman.

—Si usted lo dice —repuso Starbuck, aunque todos estaban al tanto de cuánto le gustaban las marchas a aquel viejo loco de Jack y que, cuando se ponía a ello, los hombres caían por el camino. Y en marcha estaban, en marcha hacia el norte, lo que sólo quería decir una cosa: que allí había yanquis. Y que, a no mucho tardar, habría de producirse un enfrentamiento con su consiguiente reguero de bajas; y que, en aquella ocasión, si Packer estaba en lo cierto, Starbuck habría de encontrarse con enemigos no sólo de frente, sino a sus espaldas también.

Con todo, Starbuck siguió adelante. Un necio dispuesto a entrar en combate.

\* \* \*

Un entrechocar de vagones, un resollar de vapores y la batahola de la campana de la locomotora anunciaron la llegada del tren del mediodía al nudo ferroviario de Manassas Junction. Por encima de tanta bulla, las voces de los sargentos urgiendo a las tropas a abandonar los vagones y bajar a la desolada franja de tierra que se extendía entre los raíles y las naves del nudo ferroviario. Encantados de dejar atrás aquellos vagones y estirar las piernas en tierras de Virginia, los soldados salían disparados del tren. Quizá no fuera el frente, pero por fin estaban en una localidad enclavada en un Estado rebelde, de ahí que, boquiabiertos, se quedaran mirando pasmados a su alrededor, como si el panorama que se abría ante ellos fuera tan asombroso e inquietante como las colinas envueltas en bruma del misterioso Japón o del remoto Catay.

Los recién llegados no eran sino muchachos de diecisiete o dieciocho años, reclutas recién incorporados de Nueva Jersey o Wisconsin, Maine o Illinois, Rhode Island o Vermont. Con sus uniformes nuevecitos, a la legua se veía que eran volunta-

rios que estaban deseando sumarse a aquel postrer ataque contra la Confederación. Se jactaban de que iban a colgar a Jeff Davis de un manzano y no dejaban de fanfarronear acerca de cómo iban a entrar en Richmond y de cómo, al verlos, los rebeldes saldrían por piernas de su guarida, como ratas que abandonan un granero. Seguros de sí mismos, se sentían jóvenes e indestructibles, y también muertos de miedo ante la dureza del sorprendente destino que les había tocado en suerte.

Porque Manassas Junction no era un lugar acogedor precisamente. Tras haber sido devastado por las tropas del norte y arrasado por los confederados en su retirada, antes de ser reconstruida de prisa y corriendo por contratistas venidos del norte, sólo se veían unos cuantos acres de adustas naves de madera que se alzaban a un paso de los raíles en mitad de campos yermos donde no había más que fusiles, cañones, cureñas y trenes de munición, fraguas portátiles, ambulancias y carros; un lugar al que, con el paso de las horas, llegaban más y más armas y provisiones, porque era el centro logístico de suministro de material para la campaña de aquel verano de 1862 que habría de poner fin a la rebelión y devolver su condición de nación a los Estados Unidos de América. Procedente de las herrerías, de las naves de puesta a punto de las locomotoras, así como de las calderas de aquellos ingenios que arrastraban vagones atestados de mercancías y personas, una espera y perenne capa de humo se cernía sobre la vasta extensión de edificios, impregnándolo todo.

Al pie del tren, dos oficiales de caballería se mantenían a la espera. A juzgar por sus impolutos gabanes de reglamento, los relucientes estribos de sus botas y los lustrosos correajes que lucían, no había duda de cuánto se habían esmerado por parecer presentables. El mayor de ambos era un hombre de mediana edad, calvicie incipiente, rostro afable, largas y pobladas patillas, con un historiado gorro militar entre las manos. Se trataba del mayor Joseph Galloway. Mucho más joven, su compañero era bien parecido, de cabello rubio, barba cuadrada,

espaldas anchas y un rostro franco que inspiraba confianza, con galones de capitán en el gabán.

Aunque luchaban del lado de las tropas del norte, los dos eran naturales de Virginia. Joseph Galloway era el propietario de una hacienda en las proximidades de Manassas, una granja que había transformado en acuartelamiento para albergar a un regimiento de caballería formado exclusivamente por sureños leales al gobierno de Washington. Si bien la mayoría de sus componentes eran voluntarios de Estados limítrofes, como los territorios en disputa de Maryland o los condados situados más al oeste de Virginia, no pocos de aquellos jinetes procedían de la Confederación, de donde habían salido en busca de amparo. Galloway estaba seguro de que algunos eran fugitivos de la justicia sureña, pero la mayoría no eran sino quijotes soñadores dispuestos a lo que fuera con tal de salvar la Unión. De ahí que se le ocurriera la idea de reclutarlos para que, capaces como eran de adentrarse tras las líneas rebeldes, llevaran a cabo tareas de reconocimiento. Por más que, a la hora de moverse por tierras de Virginia, la caballería del norte no adoleciera de destreza y bravura precisamente en comparación con la desenvoltura de que hacían gala los sureños, al tanto de todos los pueblos y aldeas donde hubiera simpatizantes dispuestos a ofrecerles un escondrijo y algo de comer, los jinetes se comportaban como forasteros. Por eso se había propuesto reunir un regimiento de hombres que, como si de naturales del sur se trataran, fueran capaces de recorrer a caballo los Estados rebeldes, idea que había sido recibida con tibieza en Washington. «Reúna, pues, ese regimiento», le habían venido a decir los burócratas del Gobierno, «y, cuando lo tenga a punto, con sus armas, caballos, uniformes y todo, ya pensaremos si puede sernos de alguna utilidad».

Que no otra era la razón de que el mayor Galloway y el capitán Adam Faulconer hubieran acudido a esperar a un pasajero que debía de bajarse de aquel tren que, al filo del mediodía, se había detenido en Manassas. Sorteando la turbamul-

ta de soldados vocingleros que se les venía encima, los dos oficiales se abrieron paso hasta el último coche del convoy, donde viajaban unos pasajeros más exaltados que la propia carne de cañón con la que acababan de cruzarse. Un mozo de estación aún se afanaba en disponer las escalerillas para que los viajeros pudieran bajar del tren cuando dos damas, que con sus aparatosos vestidos a duras penas si lograban traspasar la portezuela del vagón, ya habían encontrado la forma de echar pie a tierra. Tras ellas iba un grupo de oficiales de alto rango, bigotes bien recortados y uniformes impecables, todos muy coloradotes no sólo debido al calor que hacía aquel día, sino también al whisky que habían trasegado a lo largo del trayecto por deferencia de la compañía del ferrocarril. Un oficial más joven se adelantó y, a voces, reclamó a unos subalternos que acercaran unos caballos.

—¡Vamos, que es para hoy! ¡Los caballos del general! —gritaba, en tanto que las dos y, a simple vista, idénticas sombrillas blancas de encaje que portaban ambas damas se mecían por encima de una nube de humo de tabaco en medio de un tropel de oscuras gorras militares.

El último en bajar de aquel coche fue un civil enjuto y alto, ya entrado en años, de cabellos y barba blancos, mirada penetrante y rostro macilento y severo. De mejillas hundidas, con una nariz romana tan inquisitiva como su mirada, levita negra, sombrero de copa y, a pesar del calor, un gabán abotonado hasta el cuello sobre el que destacaban las dos tiras blancas y almidonadas de un alzacuellos, el caballero en cuestión portaba una bolsa de viaje de color marrón oscuro y un bastón de madera de ébano con el que, con gesto tan apremiante como espontáneo, propio de alguien acostumbrado a mandar, procuraba apartar de su camino a un criado negro que cargaba los baúles de las damas en una carretilla de mano.

—Ahí está —dijo Adam, al ver al clérigo de Boston a cuyos sermones había asistido en alguna ocasión antes de que estallase la guerra.

A empujones, el mayor Galloway se abrió paso entre la multitud y se acercó al hombre que peinaba canas.

–Disculpe, señor. ¿No será usted por casualidad el doctor Starbuck? –se dirigió al recién llegado alzando la voz.

El reverendo Elial Joseph Starbuck, doctor en teología, cáustico articulista y el más famoso de los predicadores abolicionistas del norte, torció el gesto ante quienes acudían a darle la bienvenida.

–Usted debe de ser Galloway. Y usted, Faulconer. Menos mal. Hágase cargo de esto –espetó, al tiempo que dejaba caer la bolsa en la mano que, con intención de estrechar la del clérigo, Adam le tendía.

–Confío en que el viaje haya sido agradable –le manifestó el mayor Galloway mientras lo acompañaba hasta la calzada.

–Pues lo cierto es que cuanto más al sur, y mal que me pese, menos agradable me resultó, Galloway. Lo que me lleva a la conclusión de que la ingeniería ha alcanzado casi la perfección en Nueva Inglaterra y que, cuanto más se aleja uno de Boston, más incómodo resulta el viaje. –Un juicio que el reverendo Starbuck emitió con una voz habituada a llegar hasta los más recónditos recovecos de las más espaciosas iglesias y salas de conferencias de América–. He de decir que, como genuino producto defectuoso que son de un sistema esclavista, las líneas ferroviarias sureñas resultan, a mi modo de ver, mucho más traqueteantes. Confío en que no tendré que ir andando hasta mi alojamiento –exclamó, parándose en seco.

–Por supuesto que no. He traído una calesa –le aclaró Galloway; ya se disponía a pedir a su compañero que fuera en busca del carruaje cuando, al ver cuánto le estaba costando a Adam cargar con la pesada bolsa de viaje del predicador, añadió–: Un segundo y la acerco, caballero. Está aquí al lado.

Con un gesto, el reverendo Starbuck se despidió de Galloway y clavó la mirada en un grupo de civiles que, junto al furgón de cola, esperaban a que descargasen el correo.



–¿Ha leído los escritos sobre frenología de Spurzheim?  
–le preguntó a Adam de buenas a primeras.

–He de confesarle que no –repuso el interpelado, incapaz de salir de su sorpresa ante tan inesperada pregunta.

–Mucho nos queda por aprender de la ciencia –continuó el reverendo doctor Starbuck–, siempre y cuando, claro está, no olvidemos que sus conclusiones están sometidas a la aprobación y enmiendas que Dios todopoderoso tenga a bien, pero no le oculto mi interés por verificar las tesis de Spurzheim gracias a los ejemplares que tengo delante. –Señaló con el bastón a los civiles que esperaban–. Los nacidos en Nueva Inglaterra suelen presentar una cabeza de noble factura, un contorno craneal que denota inteligencia, bondad, prudencia y tenacidad; por el contrario, incluso en estas regiones del sur situadas más al norte, observo que los cráneos de las gentes de por aquí revelan una inclinación a la depravación, al enfrentamiento, a la destrucción..., una clara propensión al cretinismo.

Tanto la conciencia atormentada de Adam como su acendrado patriotismo bien podían haberlo llevado a enfrentarse con los suyos, pero seguía siendo natural de Virginia y las críticas del predicador le obligaron a esforzarse por no perder la compostura.

–¿Acaso George Washington no era sureño también? –dejó caer con frialdad.

Pero el reverendo Starbuck era un polemista lo bastante curtido como para no ser pillado en un renuncio.

–Al igual que usted, mi joven amigo, George Washington era un producto de la alta burguesía. Mis observaciones se refieren tan sólo a la mediocridad del pueblo llano. ¿Ve usted a ese general, aquel que está allí? –preguntó, al tiempo que, con una energía de la que sólo por los pelos pudo librarse un sargento de artillería, señalaba a un oficial entrado en carnes con el que había hecho el viaje.

–Claro que sí –contestó Adam, no sin dejar de preguntarse qué rasgos de su carácter podría revelar la forma de su cráneo.

Pero, para entonces, el reverendo Starbuck ya se había olvidado de la frenología.

—Pues ése es Pope —le anunció—. Tuvo la gentileza de presentarme sus respetos durante el viaje. Un hombre con buena planta, sin duda.

Adam se quedó mirando con interés al nuevo comandante en jefe del ejército del norte desplegado en Virginia. El general John Pope era un hombre de rostro atezado, mirada perspicaz y espesa barba, que aparentaba una gran seguridad en sí mismo. Si la frenología estaba en lo cierto en cuanto a los rasgos que definían el carácter de una persona, la frente despejada y la recia constitución de Pope daban a entender que, desde luego, bien podría ser el salvador que el norte llevaba buscando desde los tristes inicios de aquella guerra. John Pope había tenido una actuación memorable en el frente del Mississippi y, si acababan de destinarlo al este, había sido con la esperanza de que obrara maravillas en el indómito frente de Virginia, en cuyas marrullerías, uno tras otro, los generales nortños habían ido cayendo antes de conocer la derrota a manos de los zarrapastrosos ejércitos rebeldes.

—Pope es un hombre que sabe lo que se trae entre manos —prosiguió el reverendo Starbuck, viniéndose arriba—. De nada vale mostrar indulgencia con los rebeldes. Si la desobediencia reclama a voces un correctivo, no menos necesario es responder con represalias a cualquier desafío. Aun a costa de arrasar estas tierras, hay que poner fin a la esclavitud, Faulconer. El general me ha dado su palabra de que no le temblará la mano. —Eso era, al menos, lo que Pope había declarado en cuanto se hizo público su nombramiento como comandante en jefe: que se había acabado el trato de respeto con que se distinguía a los civiles sureños y que, a partir de ese momento, los soldados del norte podrían adueñarse de cuanto necesitasen; que quienquiera que opusiera resistencia a tales incauciones sería castigado como corresponde. Una actitud con la que el reverendo Elial Starbuck no podía estar más de acuerdo—. Los sureños sólo en-

tienden el lenguaje de la fuerza bruta –siguió sermoneando a Adam–. Si de hacerlos entrar en razón se trata, recurriremos al mismo lenguaje que ellos utilizan para oprimir a los negros. Supongo que estará usted de acuerdo.

–Creo, señor mío –comentó Adam con prudencia–, que, a no mucho tardar, el norte se alzaré con la victoria.

–Claro, claro –repuso el clérigo, no muy seguro de si su interlocutor estaba, o no, de acuerdo con su forma de ver las cosas. Algo a lo que, sin duda, podía aspirar, puesto que tanto el futuro de Adam como el del regimiento de Galloway dependían de su largueza. Tras desertar del ejército del sur, Adam se había quedado con una mano delante y otra detrás; con todo, había tenido la enorme suerte de conocer al mayor James Starbuck, hijo mayor del predicador: él era quien le había hablado del regimiento de caballería que tenía pensado reunir Galloway y quien, de paso, le había dejado caer que su afamado progenitor bien podría proporcionarle los medios necesarios para que se uniera a dicho regimiento.

Por su parte, el reverendo doctor Starbuck estaba más que dispuesto a adelantar tales fondos. Demasiado entrado en años para entrar en combate, que no por eso menos exaltado para permanecer ajeno e impotente a lo que ocurría, había observado cómo el norte era derrotado una y otra vez en Virginia. Derrotas que lo habían animado a buscar una forma de contribuir, ya fuera con su dinero o con los fondos de su iglesia, a la leva y posterior dotación de todos los pertrechos necesarios para reunir varios regimientos de Massachusetts, sólo para ver cómo, uno tras otro, se quedaban en nada. Otros, de menor talla que él, por supuesto, habrían cejado en su empeño; pero, en su caso, tales fracasos sólo servían para avivar su celo, de ahí que el reverendo Starbuck hubiera accedido casi de inmediato a echar una mano al regimiento de caballería de Galloway. Porque no sólo se proponía ayudar a Adam, sino que también aportaba quince mil dólares en armas y municiones al regimiento. Tales dineros no salían de los bolsillos del reverendo, sino de

los recursos que los abolicionistas temerosos de Dios de Nueva Inglaterra se habían encargado de recaudar.

—Antes —les iba contando a Galloway y a Adam por el camino cuando, una vez a bordo de la calesa, dejaban atrás Manassas en dirección oeste—, este tipo de donaciones caritativas las destinábamos a las muchas actividades que preparábamos en el sur, como la distribución de folletos o clases dominicales de catequesis para negros, sin dejar de lado, claro está, las investigaciones de las nefastas consecuencias que se derivan de la esclavitud. Como no estamos en condiciones de llevar a cabo tales obras en estos momentos, no nos queda otra que buscar nuevas formas de dar salida a los fondos.

—No estaría mal dedicar una parte a echar una mano a todos esos esclavos que han conseguido escapar —apuntó Adam, confiando en que sus palabras no dieran pie a que tanto Galloway como él pudieran verse excluidos de las ayudas.

—¡Hágame caso: esos fugitivos van más que bien servidos! ¡Fíese de mí! —El tono de reproche del reverendo Starbuck parecía dar a entender que, más que luchar por seguir con vida en insalubres y precarios campamentos de acogida, los esclavos que habían conseguido llegar al norte vivían a cuerpo de rey—. Hay que acabar de raíz con la esclavitud; no podemos conformarnos sólo con hacer caer unas cuantas hojas ajadas de las que vemos en las ramas más altas de ese árbol. —Al darse cuenta de la ira que destilaba el comentario, a Adam le dio por pensar que el reverendo Elial Starbuck más ganas tenía de dar su merecido a los amos que de liberar a los esclavos.

Dando tumbos por la suave colina que se alzaba más allá de New Market, la calesa dejó atrás unos espesos bosques para luego enfilar la pendiente que conducía al portazgo de Warrenton. Desde el pescante, el mayor Galloway iba señalando los lugares que habían adquirido renombre tras la batalla que, el verano anterior, se había librado en aquellos mismos parajes: lo poco que aún quedaba en pie de la casa donde la viuda del cirujano Henry había perdido la vida durante un bombardeo; la

casa de Matthews, que había hecho las veces de hospital. Mientras la calesa traqueteaba por el camino de Sudley al norte del portazgo, a Galloway no se le pasó por alto el lugar exacto donde, intentando una maniobra envolvente, el ejército del norte había lanzado el ataque desde la otra orilla del río; pero, a medida que hablaba, se iba dando cuenta del cada vez más escaso entusiasmo que mostraba el predicador. Estaba claro que el reverendo doctor Starbuck no había ido hasta allí para realizar una visita guiada por los sitios donde el norte había sufrido su primera derrota, sino para que le regalasen los oídos hablándole de futuras victorias, de modo que, para cuando el carruaje enfiló el sendero que conducía a la granja que Galloway había heredado de su padre, ninguno de sus ocupantes decía ni media palabra.

El mayor Galloway, hombre afable de natural, no acababa de tenerlas todas consigo en cuanto al renombrado abolicionista, así que se quedó mucho más tranquilo cuando el reverendo les anunció que no tenía intención de quedarse a pasar la noche en aquella apacible granja, sino que pretendía tomar el tren que, a última hora, salía hacia Culpeper Court House.

—Mi buen amigo Banks ha tenido a bien invitarme a pasar unos días con él —comentó refiriéndose al general Nathaniel Banks, quien, tiempo atrás, había llegado a ser gobernador de Massachusetts y que, en aquel momento, como general de la Unión, había pensado que no estaría mal una visita de su viejo amigo para elevar y afianzar la moral de las tropas bajo su mando; invitación que, desde luego, había tenido el efecto de infundir nuevos ánimos en el predicador, quien, hasta entonces, se había estado reconcomiendo en Boston, enterándose sólo por carta o por los periódicos de la marcha de la guerra y, en aquel momento, se le ofrecía la posibilidad de ser testigo de lo que estaba pasando en Virginia, motivo por el que se las compuso para mantenerse alejado del púlpito durante todo el mes de agosto, sin dejar de rezar, eso sí, para que aquel mes diera de sí lo suficiente como para que fuera el primer clérigo del norte

a quien le cupiera la dicha de predicar el evangelio desde un púlpito de Richmond.

Pero, antes de tener la oportunidad de reunirse con Banks, el predicador había aceptado mantener un encuentro con el mayor Galloway y sus hombres. Se dirigió, pues, al regimiento, en el prado que se extendía en la parte de atrás de la casa, y animó a los hombres a luchar por una causa justa. Aun así, la desconsiderada celeridad con que despachó el asunto a todos les dio a entender la prisa que tenía por zanjar aquello para lo que había ido allí y continuar viaje. Con buen criterio, el mayor Galloway dio por cancelada la exhibición que había preparado de lucha con sable y condujo a su huésped hacia la mansión de la granja, un edificio impresionante que, rodeado de extensas praderas de césped, se alzaba a la sombra de unos gigantescos robles.

—A mi padre le fue bien como hombre de leyes —se le ocurrió decir a modo de justificación ante la vista de tan suntuosa mansión.

—Y también como esclavista, a juzgar por lo que veo —aseveró el predicador de mal talante, señalando con el bastón de ébano unas minúsculas casetas que se alzaban al norte de la casona.

—Los puse en libertad a todos —se apresuró a decir Galloway—. Si los hubiera vendido —añadió—, no tendría que andar mendigando dinero para el regimiento. Hipotequé la granja y, con el dinero que me dieron, compré los caballos y las armas que acaba de ver; pero, para serle sincero, ya no me queda nada. Ni un centavo. Me he quedado en la ruina por la causa de la libertad.

—Una causa por la que todos debemos estar dispuestos a pasarlas canutas, Galloway —aseguró el reverendo mientras seguía al mayor por los escalones del porche que daban acceso al zaguán. La mansión era lo más parecido a una casa deshabitada y, en realidad, eso era más o menos porque, quitando unos pocos muebles imprescindibles, Galloway había decidido poner

todos los libros, cuadros, cortinas y enseres decorativos a buen recaudo en un trastero en el norte, no fuera a ser que sus vecinos, simpatizantes de los rebeldes, trataran de robarle tan preciados efectos y resarcirse a su costa por el hecho de haberse pasado al bando contrario. Y, si no sus vecinos, añadió, ya se habría encargado su hermano—. Un hermano que, por desgracia, está de parte del sur —le aclaró al predicador—, a quien nada le gustaría más que quedarse con esta casa y con todo lo que hay en ella —guardó silencio un momento—. ¿Acaso, señor mío, se ha visto algo más triste que a miembros de una misma familia luchando en bandos enfrentados? —A modo de respuesta, incómodo, el reverendo Starbuck soltó un bufido, un gruñido malhumorado que hubiera debido servir de advertencia a Galloway para que no siguiera por ese camino, pero el mayor era un hombre sencillo—. Además, puede que esté equivocado, pero ¿acaso no tiene usted un hijo que se ha unido a las tropas rebeldes?

—No tengo nada que ver con esa persona —repuso el predicador, muy digno.

—Pero Nate... —empezó a decir Adam antes de verse interrumpido bruscamente.

—No tengo ningún hijo que se llame Nathaniel Starbuck —estalló el predicador—. No sé de nadie con ese nombre. ¡Sea quien sea ha sido repudiado!, ¡es alguien que ha sido apartado no sólo de mi familia, sino también del solícito rebaño de Cristo! ¡Es un baldón! —dijo estas últimas palabras en un tono que, en alas de un buen viento, podrían haberse escuchado a media milla.

Galloway se dio cuenta de que había metido la pata y, de forma atropellada, se arrancó a hablar de la mansión y sus diferentes estancias, hasta que llegaron a las puertas de la biblioteca, donde, con gesto amable y solícito, muy sonriente, un capitán fornido y de buena estatura los esperaba.

—Con su permiso, voy a presentarle a mi segundo —le dijo al predicador—: el capitán William Blythe.